

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II  
NUM. 74

BIBLIOTECA MUNICIPAL  
MADRID

18 JULIO  
1926



ARRIBA, CURRINCHE  
QUE ES TARDE

¡HOMBRE, PINOCHO!  
ME HAS DESPERTADO  
CUANDO SOÑABA QUE  
ESTABA EN UNA VISITA  
DE CUMPLIDO.  
DÉJAME VOLVERME  
A DORMIR PARA QUE  
PUEDA DESPEDIRME.





# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.- ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.- SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS SEMESTRE, 10 PESETAS. TRIMESTRE, 5 PESETAS. OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



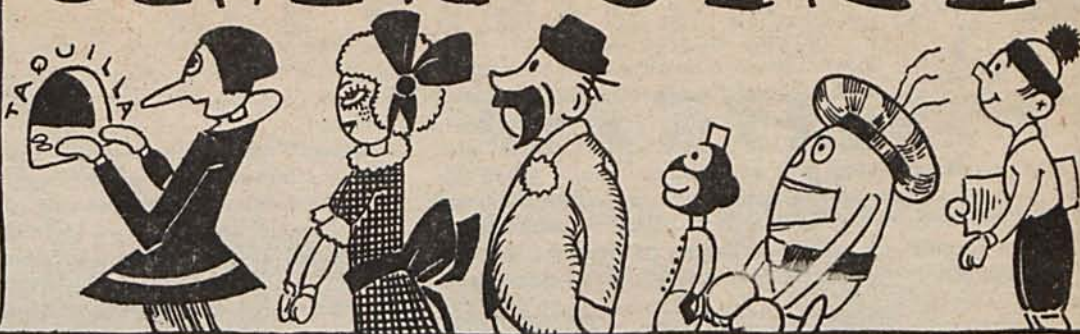


PROGRAMA  
PARA HOY

EL  
NAUFRAGO  
MUDO

Sensacional!

# GRAN CINE



El sol salía por el Este del Océano Índico, y su luz rosada iluminaba un barco de guerra inglés que iba navegando lentamente hacia el Norte con dirección a Rangoon, que aún quedaba a varios cientos de millas de distancia.

El barco era el *Huracán*, mandado por el oficial Colin Wood, que iba en el puente.

Aparecía ahora el mar en completa calma, a pesar de que durante la noche se había desencadenado una tormenta peligrosa, que durante una noche tuvo entre sus garras al *Huracán*; pero éste había salido de ella intacto. Y ahora, al venir el nuevo día, Colin divisaba un pequeño objeto flotando sobre las aguas.

Era un perro que se sostenía sobre una tabla flotante.

Inmediatamente Colin ordenó que se preparase la tripulación de un bote. Y el *Huracán* fué directamente hacia el perro naufrago. Al acercarse a él vieron que el animal se sostenía sobre la tapa rota de una escotilla. Acortó la marcha el destroyer durante unos minutos y echaron al agua un bote mandado por el guardia marina Spring. Al llegar junto a la madera flotante los marineros pudieron comprobar el estado de extenuación en que estaba el animal; sus esfuerzos por ladrar convertíanse en una especie de tos convulsa y las comisuras de los labios las tenía desolladas y sangrantes.

—El pobre animal se conoce que las ha pasado negras —comentó el guardia marina.

Y abalanzándose por encima del bote cogió al can, que era un terrier blanco y color chocolate de pelo tosco. El animal se apresuró a expresar su gratitud lamiendo la mano de Spring con su lengua áspera y apergaminada.

Volvieron al *Huracán*, y Colin recibió al perro con un cubo lleno de agua.

—Toma, pobrecillo...; esto es lo que necesitas antes que nada.

El perro se tiro al agua y bebió a lengüetadas ávidamente; más de tres minutos estuvo bebiendo, y luego restregó el hocico contra las piernas del capitán.

—¡Vaya una historia que podrías contar si tú supieras hablar! —dijo Colin, acariciando la cabeza, empapada en agua, del perro—. ¿Cómo habrás venido a parar al Océano Índico?

Y, al acariciarlo, tropezó su mano con un collar que el perro tenía oculto por el largo pelo del cuello. Miró Colin la chapa de bronce que tenía el collar y leyó estas palabras grabadas en ellas:

ROVER

CAPITÁN DAVID TYARS.

S. S. *Ruby Queen* Rangoon.

Colin quedóse pensativo unos momentos; luego preguntó: —¿Alguno de vosotros recuerda algún barco que se llame el *Ruby Queen*?

—Sí, mi capitán —respondió Spring—; es un pequeño barco mercante que salió de Rangoon antes que nosotros y al que hemos pasado hace tres días cuando navegábamos con rumbo al Sur.

—Es verdad —concedió Colin gravemente—. Parece como si se hubiera ido a pique con la tormenta de esta noche. Mientras yo consulto la barquilla lleva tú a Rover abajo a que le den de comer, Spring.

El libro de la barquilla y el *Huracán* anotaba la hora justa y el lugar en que el destroyer había pasado al *Ruby Queen*,

y con estos detalles a la vista Colin se esforzó por averiguar hacia qué punto habría naufragado el barco de carga. Calculó que el *Ruby* era capaz de hacer doce nudos por hora, y este cálculo le ayudó a averiguar el lugar aproximado en que debía hallarse al estallar la tormenta. Trazó un círculo encima de la carta por el punto donde, según sus cálculos, debía de haber tenido lugar el naufragio, y volviendo al puente puso al *Huracán* con rumbo a esa dirección. La exploración por el mar fué larga y cansada; pero vieron al fin los del *Huracán* coronados por el éxito, pues al ponerse el sol encontrábase con restos de un naufragio, y media hora después llegaban cerca de una masa de rocas que rodeaban una pequeña isla y entre las cuales estaba encallado un barco que tenía pintado en la proa el nombre de *Ruby Queen*.

## La tripulación perdida.

Cuando se disponían a lanzar al agua un bote motor desde el *Huracán*, apareció sobre cubierta *Rover*; el perro, que ladrando excitadamente, se tiró de un salto al bote.

—¡Está bien! —exclamó Colin—. ¡Tú no esperas órdenes, *Rover*! Pero, en fin, como después de todo eres el causante de que nos encontremos aquí, tienes tanto derecho como cualquiera a ir a tierra.

Empezó a navegar el bote motor y en seguida arribaron a la playa. Colin alimentaba grandes esperanzas de encontrar algún superviviente del barco por lo menos, pues como se había ido a pique tan cerca de la orilla, suponía que parte de la tripulación habría podido llegar a la isla.

*Rover* saltó apresuradamente a la playa y empezó a co-

rretear por la arena, olfateándola nerviosamente.

—Hay que ponerle una cadena al perro —dijo Colin—. Indudablemente, anda buscando la pista de alguno que conoce, y si la encuentra puede escapársenos.

Pero el coger a *Rover* no era tan fácil como parecía, e hicieron falta seis hombres; luego, con gran disgusto suyo, lo ataron al extremo de una cuerda.

—Ahora, dejadlo, a ver si encuentra el rastro que anda buscando —sugirió Colin—, porque está...

Pero se interrumpió al ver salir de entre los árboles unos cuantos hombres vestidos con túnicas blancas y cascos apuntados. El que parecía el jefe (un hombre blanco y corpulento), se adelantó y llevó la mano al casco en señal de saludo.

—¡Buenas tardes! ¿Han traído ustedes a la isla la nave inglesa? —preguntó con bastante acento extranjero.

—La nave inglesa precisamente, no; pero sí una pequeña parte de ella —corrigió Colin—. Venimos en busca de los tripulantes del *Ruby Queen*.

—¡Ah, sí! —replicó Haffer, que así se llamaba el extranjero—. Es raro que los marineros ingleses llegaran tan tarde.

—¿Tan tarde para qué? Seguramente que aquí se han refugiado algunos de la tripulación. ¿No es así?

## NO LO OLVIDÉIS

Para entrar en el Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores (Primer premio: un «auto» Citroën; segundo, una bicicleta, y cincuenta magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de setiembre de 1926. Más detalles en este mismo número.





—Algunos, sí; pero no muchos. Aquí llegar sólo cinco hombres y hoy marcharse. Ellos pedir a nosotros que prestarles el barco nuestro, pues ellos querer marchar a la isla grande, treinta millas lejos.

Estas noticias causaron gran sorpresa a Colin, a quien parecía inverosímil que unos hombres que acababan de pasar por el duro trance de ver naufragar su barco, se expusieran a hacer una jornada de treinta millas en un pequeño velero y en una estación en que son frecuentes las tormentas repentinas.

—Yo decirles que no —continuó Haffer—; pero ellos decir que yo ocuparme sólo en negocios míos. Yo prestarles el barco y ellos marchar, y sólo navegar dos horas cuando otra tormenta viene...

Y se encogió de hombros para expresar su creencia de que les había ocurrido alguna desgracia. Colin Wood no sabía qué pensar de estas noticias. De ser ciertas, había muy poca esperanza de que un pequeño velero pudiese desafiar una tormenta como la que se había desencadenado por la mañana. Por otra parte, no acababa de convencerle la historia aquella, aunque tampoco podía imaginarse los motivos que tendría Haffer para inventarla.

—¿Reside usted permanentemente en esta isla? —preguntó Colin al extranjero.

—No; estar aquí desde muy poco tiempo. Yo venir con una

partida de hombres para ver si conviene a mí establecer aquí negocio...; pero no encontrar nada—añadió, volviendo a encogerse de hombros—. ¡La isla ser muy chica!

Colin Wood no apartaba la vista del extranjero, a ver si por la expresión de su rostro podía deducir algo de él; pero la expresión de éste era de inocencia y bondad.

—¡Es muy triste pensar en los hombres que marcharse de aquí! ¿Usted no poder ir a buscarlos?

—Sí..., eso haré; pero primero quisiera recorrer la isla.

El extranjero no sólo no puso ninguna objeción a esto, sino que él mismo se ofreció a acompañarle. Tardaron tres cuartos de hora en recorrerla toda, y ya se había echado la noche encima, cuando Colin se reunió con los hombres del *Huracán*, que le esperaban con *Rover*. Este, durante aquel tiempo, no había cesado de luchar por soltarse de la cuerda.

Alejóse el bote de la isla, internándose entre la oscuridad hacia el *Huracán*.

—Me temo que no podamos encontrar a ninguno de esa tripulación, mi capitán —observó el guardia marina Spring.

—No lo sé; pero, de todos modos, yo no pienso buscarlos por el mar, sino por la isla, pues sospecho que estén ocultos allí.

—¡Creí que la había examinado usted toda, mi capitán.

—Efectivamente, la he examinado y, en apariencia, no se ve ningún sitio en donde puedan estar escondidos; pero estoy convencido de que por lo menos el capitán David Tyare se halla en la isla.

—¿Qué es lo que le hace a usted creerlo así?

—¡Que el perro desea buscar a su amo por la isla, y el instinto de un perro rara vez falla.

### Rover enseña el camino.

Después que reinaba la más completa oscuridad en torno a la isla, alejóse el *Huracán* hacia alta mar. Desde la orilla Haffer y sus compañeros contemplaban alejarse las luces del barco.

—¡Ajaja! ¡Qué bueno! —exclamó Haffer—. Nosotros engañar a esos marinos ingleses y ahora seguir adelante con la obra.

Pero el extranjero aquel estaba muy equivocado al creer que había engañado a Colin Wood, porque apenas él y sus

hombres se hubieron vuelto al campamento, el bote del *Huracán* volvió, amparándose en las sombras, otra vez a la isla, llevando a Colin Wood y a una partida de marineros armados.

Colin llevaba en sus brazos a *Rover*, y después de ordenar a los marineros que se escondiesen entre los árboles, dejó al perro en el suelo, diciéndole con voz animosa:

—¡Búscales. *Rover*! ¡Busca al amo!

El perro iba de derecha a izquierda olfateando el suelo. De pronto debió encontrar la pista que buscaba, porque echó a correr metiéndose por entre el bosque. Con la nariz siempre pegada al suelo atravesó el bosque hasta llegar a un claro de él cubierto de césped; por lo menos así se le había parecido a Colin a la luz del día; pero ahora presentaba aquello un aspecto muy diferente. Lo que parecía ser césped no era sino el techo de una excavación subterránea. Este techo lo constituía una especie de red muy espesa y entrelazada con una enredadera de hojas menudas muy parecidas a la hierba. Pero este engaño ya no surtía efecto de noche, porque en el fondo de la excavación brillaban una infinidad de luces que dejaban ver a diez y ocho hombres empeñados en un duro trabajo.

Azuzados por otros seis que llevaban fusil al hombro, Haffer, que era uno de ellos, restallaba amenazadoramente un látigo sobre los trabajadores para hacerles redoblar sus esfuerzos. Cada uno de los obreros llevaba los tobillos atados uno a otro por un trozo de cuerda.

¡Eran esclavos!

Esta escena produjo una indignación grande en Colin, que sujetando a *Rover* con gran trabajo, volvió al bosque. Pero antes de dos minutos ya tenía congregados a los marineros junto a la excavación.

—Seguidme por ese plano inclinado que va hasta el fondo de la excavación—les dijo—.

Tenemos que habérmolas con traficantes de esclavos; pero *Rover* nos dirá si efectivamente estamos en la pista de la tripulación del *Ruby Queen*.

Colin tomó la delantera, y al llegar a la cabeza del plano, dejó al perro en el suelo. Este tiró con fuerza para soltarse de la cuerda, de la que Colin se apresuró a desatarlo. Y desde allí pudieron ver claramente lo que sucedía en el fondo de la excavación. Vieron a *Rover* bajar como una flecha por el plano, pasar por delante de dos de los traficantes y dirigirse a un hombre de barba que estaba entre los esclavos. El perro se puso a saltar nerviosamente alrededor de él, dando a entender que aquél era su amo. Esta prueba bastó a Colin, que llamó a sus hombres para que bajaran todos por el plano. Al verlos, los traficantes de esclavos, muy asombrados, empezaron a disparar con los rifles; pero los marineros se echaron sobre ellos antes de que tuvieran tiempo para herirlos, y se entabló una enconada lucha que terminó con el triunfo completo de los del *Huracán*.

A preguntas de Colin, Haffer confesó que él y sus compañeros había descubierto una mina de rubíes en la isla; pero se encontraban con la dificultad de sacarlos de la tierra, que era tarea muy penosa. Y cuando los naufragos del *Ruby* habían arribado a la isla, los obligaron a trabajar en la mina de rubíes bajo amenaza de terribles castigos.

Pero *Rover* había estropeado tan cruel plan, pues el perro fiel fué quien condujo a los del *Huracán* a la isla de los traficantes de esclavos.







# LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

Encendió rápidamente otra cerilla, removi6 las cajas y los barriles, sac6 una de las antorchas que apagaron cuando se pusieron a perseguir al esclavo y la encendi6.

Miguel y Vicente, guiados por aquella luz, llegaron f6cilmente a tierra. Ambos se lanzaron hacia el joven abraz6ndole y apag6ndole casi la antorcha.

—¡Vamos a buscarle! —dijo Vicente, conteniendo apenas las l6grimas—. T6, Miguel, 6chate al agua, en tanto que yo exploro la playa.

—Y yo ¿qu6 hago? —dijo Roberto.

Enciende otra antorcha y v6 explorando la salida de la caverna.

Un instante despu6s iban los tres en busca del doctor. Miguel nadaba hacia la catarata, llevando una antorcha en la mano derecha; Roberto iba hacia la entrada del t6nel y Vicente recorria la playa.

De vez en cuando se preguntaban mutuamente:

—¿Nada?...

—¡Nada! —contestaban contristados.

Llevaban ya cerca de un cuarto de hora registrando por todas partes y sin saber adonde dirigirse, cuando a Vicente le pareci6 distinguir una masa oscura metida entre dos escollos.

—¡Dios mío! —exclam6—. ¿Ser6 el cad6ver del doctor o el de Sim6n?

Se aproxim6, titubeando, y al ver que tenia forma humana inclin6 hasta ella la antorcha.

—¡El doctor!... ¡El doctor! —grit6.

Se precipit6 sobre el cuerpo que parecia inanimado y le contempl6 con una angustia indecible.

El se6or Bandi parecia muerto. Estaba tendido entre dos escollos que se extendian en direcci6n de la orilla, con la cabeza apoyada sobre la arena y los pies a6n sumergidos en el agua.

No era posible que las oleadas producidas por la riada le hubieran empujado tanto hasta la orilla. El desgraciado debi6 de haberse subido all6 con sus 6ltimas fuerzas.

Aquella circunstancia hizo brillar un rayo de esperanza en el coraz6n del marino.

—¡Venid, amigos! —grit6.

Mientras Miguel y Roberto nadaban precipitadamente hacia la playa, cogi6 delicadamente al doctor y le llev6 a un lugar m6s alto; despu6s le despoj6 de sus vestidos para ver si habia recibido alguna herida.

Tenia numerosas contusiones en todo el cuerpo, pero todas sin importancia, que no era posible que hubiesen causado la muerte a un hombre t6n robusto.

Apoy6 el o6do sobre su coraz6n para ver si latia a6n.

—¡Vive!... ¡Vive! —grit6.

—¿Est6 vivo? —preguntaron Miguel y Roberto que se acercaban corriendo.

—S6, amigos —dijo Vicente, que habia recobrado la alegr6a—. ¿Tenemos a6n alguna botella de licor?

—S6; quedaban dos de ron —dijo Roberto.

—Pues tr6ctele una y unas vendas de lana.

## CAPÍTULO XIX

### TERRIBLES MOMENTOS

No habia vuelto Roberto a6n cuando el doctor abri6 los ojos. Viendo inclinados sobre s6 a Miguel y Vicente, sonri6 a entrambos y haciendo un esfuerzo les tendi6 las manos, murmurando con voz apagada:

—¡Gracias..., valientes amigos!

—¡Ah, doctor! —exclam6 Vicente, que re6a y lloraba al mismo tiempo—. Ya tem6a no poder encontrarle. ¡Dios mío! ¿Qu6 angustioso cuarto de hora! ¿C6mo est6is?

El se6or Bandi murmur6:

—Me siento muy d6bil, amigo.

Despu6s, al ver que no estaba Roberto, pregunt6 por 6l

—¡Ahora viene! —le contestaron.

—¿Estamos salvados todos?

—Todos, doctor.

El joven pescador acababa de llegar. Vicente destap6 la botella e hizo beber al se6or Bandi algunas gotas de ron. Luego, empapando con el mismo licor unos pa6os de lana, fricci6n6 con 6l el cuerpo del doctor.

—Gracias, Vicente —dijo el se6or Bandi—. Te est6s tomando un trabajo quiz6 in6til; ya comienzo a sentirme bien.

—Est6is a6n muy d6bil.

—¡Bah! Esto se pasar6 en seguida.

—¿Se conoce que hab6is chocado contra alguna roca del lago?

—Es verdad, Vicente. Cre6 que me iba derecho al otro mundo sin veros.

—Cu6ntenos c6mo le ha sucedido eso.

—Yo mismo no lo s6. Me senti precipitar contra las rocas que, seg6n parece, hay en el fondo de la cascada; despu6s me senti volteado por las ondas, despu6s... nada.

—Sin embargo, le hemos encontrado sobre la playa —dijo Miguel.

—Quiz6 haya sido empujado por la corriente y habr6 llegado all6 nadando maquinalmente.

—Hab6is corrido un grave peligro, doctor —dijo Vicente—. Si os hubiesen faltado las fuerzas antes de que el agua os empujase hacia la orilla, a estas horas estar6is en el canal y seguramente muerto.

—Con toda seguridad, Vicente. ¿Hab6is encontrado las cajas?

—S6; estaban todas —dijo Roberto.

—¿Tenemos tambi6n la balsa del esclavo?

—S6; est6 encallada en la orilla.

—Ha sido una verdadera fortuna para nosotros. Tem6a que la marea alta se lo hubiera llevado todo.

—Tambi6n pensaba yo eso, doctor —dijo Vicente—. ¿Quer6is venir al campamento? Yo creo que una buena comida os pondr6 el cuerpo en condiciones.

—No me falta el apetito, Vicente —dijo el se6or Bandi sonriendo—. Comeremos y descansaremos despu6s algunas horas. Todos tenemos necesidad de dormir un poco.

Se levant6 ayudado por sus compa6eros, y, apoy6ndose en el robusto brazo de Vicente, se dirigieron a la pequena ensenada que servia de refugio a la balsa del esclavo.

Llegados all6 sent6se el doctor en una de las cajas, en tanto que los pescadores preparaban r6pidamente la comida sirvi6ndose de una lamparilla de alcohol.

La comida fu6 devorada en pocos minutos y rociada con la 6ltima botella de Valpolicella.

—Podemos beberla toda de una vez —dijo el doctor—. Me figuro que 6sta tiene que ser una de nuestras 6ltimas comidas.

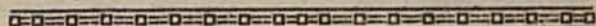
—¿Por qu6, doctor?

—Porque no debemos estar ya muy lejos de Spezia. No hace mucho calculaba lo que habiamos recorrido ya, y si no me equivoco, creo que s6lo nos faltan unas quince o diez y seis millas.

—Supongamos que sean treinta —dijo Vicente—. ¿qu6 son para nosotros? Ma6ana quiz6 veamos ya el mar. Pero quisiera saber en qu6 lugar desembarcaremos.

—En el golfo de Spezia.

(Continuar6 en el n6mero pr6ximo.)



Los suscritores a PINOCHO tienen derecho a que se publique su retrato en la revista. Véase las condiciones en este mismo n6mero.





# BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASÍD

## CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¡Bien hecho, joven! —le dijo el Sultán—. Y mañana, ¿piensas también hacer de guardia?

—¡Naturalmente, no faltaba más!

—Pero tal vez, gallardo mozo, el Califa pregone mañana que quien pida auxilio a un guardia en algún asunto, será ahorcado y el guardia también.

—Te parto la cabeza —le dijo Básım amenazador.

—Amigos —intervino Cháfar—, cortemos esta discusión inútil.

Siguieron charlando, y Básım se iba comiendo el *haxix* en pequeñas bolitas. Cerca del amanecer se levantaron y mostraron intención de marchar.

—Una cosa os tengo que pedir —les dijo el herrero—: ¿dónde paráis durante el día?

—¿Por qué? —le preguntaron.

—Por nada. ¿Es por ventura una pregunta ilícita?

—Estamos en la tienda de un barbero, junto a la puerta de Mahxad Ali.

—¡Muy bien! Marchad; ahora ya lo sé —exclamó Básım, mientras los otros salían muertos de risa.

—Por mi vida —dijo el Califa a Cháfar, conforme se alejaba—, es necesario que se supriman todos los guardias para ver qué hace este bravucón.

\*\*\*

Cada cual se marchó a dormir a su casa. Al salir el sol, el Califa mandó a los pregoneros publicar por las calles de Bagdad el siguiente bando:

—*«¡Hermanos, escuchad! El presente informará al ausente. Por decreto del Gobierno, todo el que pida auxilio a un guardia para que intervenga en altercados o riñas, o en otra cosa cualquiera, será ahorcado, así como también el guardia. Sabed que os hemos puesto vigilantes, y el que contraviniera nuestras órdenes, se perderá por su culpa. ¡Y la paz!»*

La gente se alegró al oír este bando, y decían:

—¡Ha hecho muy bien el Califa! Por Dios, que estos guardias no se contentan con poco ni con mucho; roban al descubierto, sin que nadie se atreva a decirles lo más mínimo. ¡Dios dé la victoria al Sultán y le asista contra el que es su enemigo!

Y cada uno echó su cuarto a espadas, diciendo alguna perrería contra los guardias.

Mientras, Básım estaba durmiendo, sin preocuparse de si el mundo se hundía o se alborotaba. Largo rato después salió de su casa, y al pasar por el zoco, oyó el runrún de la gente y preguntó el motivo. Se lo dijeron, y, al conocer la noticia, exclamó:

—¡Oh, todo es inútil! ¡Dios acorte el bienestar del Califa y atormente a los astrólogos que me hicieron este presagio! Pero yo conozco el lugar donde se ocultan, y juro que les he de amargar la vida de todas las maneras en este día nefasto.

Y se dirigió en seguida a casa del barbero que le habían dicho.

El Califa había ordenado a Cháfar:

—¡Hala! Vamos a casa del barbero, a ver qué hace Básım.

—¡Claro! —respondió el visir—. Para que nos ponga en trance de no poder menearnos y nos haga trizas con su bastón.

—¡Oh, no temas! —repuso el Califa—. Haz lo que hago yo.

Inmediatamente el Sultán, Cháfar y Mesrur se pusieron otros vestidos, a fin de que no los reconociera Básım aunque los viera, y apresuradamente se dirigieron a casa del barbero en cuestión.

—¡La paz sea sobre ti, maestro! —exclamó el Califa.

—¡Y sobre vosotros! —replicó el barbero—. Tened la bondad de sentaros en ese banco.

El Califa entró en conversación con el barbero, mirando

a cada momento a la calle. Un cuento sucedía a otro, hasta que el Sultán dijo:

—Nosotros somos forasteros que hace tres días hemos llegado.

—Bienvenidos seáis —dijo el barbero—. Yo aprecio mucho a los forasteros. Sin duda alguna que vendréis por aquí todos los días para olvidar las penas y charlar juntos un ratito.

—Con toda seguridad —contestó el Sultán.

Mientras hablaban de estas y de otras cosas, el Califa vió a lo lejos venir a Básım, muy irritado, con los ojos como la sangre y echando centellas, y con el bastón al hombro. Hizo señas Harún a Cháfar y éste, al darse cuenta de quien venía, tuvo miedo. El Califa se levantó rápidamente y dijo:

—¡Con tu permiso, maestro!

—Aún no es tiempo: esperad un poco.

—No, tenemos que dar una vuelta por los mercados de la ciudad; luego volveremos.

Y disimuladamente se deslizaron, ocultándose en la tienda de un droguero; y, aunque entre esta tienda y la del barbero solo había otras tres, éste por casualidad no los vió entrar en aquella. Apenas los apercibió el droguero, supuso que eran fumadores de *haxix*, y les preguntó qué deseaban.

—Dinos qué tienes en la tienda —le contestaron.

—Tengo pasta india, extracto de *haxix*, *haxix* en polvo y ordinario, y otras esencias del mismo. Además hay panes de azúcar, bombones, opio y otras sustancias semejantes. Decidme qué deseáis.

—Todo esto es excelente —repuso el Califa—, y de todo ello tomaremos; pero haznos antes una cafetera de buen café, porque aún estamos adormilados.

El droguero se puso a preparar el café. El Califa esperando, lo divirtió con su conversación, a fin de que no se comiese *haxix*. Y un momento después Básım llegaba a la tienda del barbero.

—¿Maestro —le preguntó— han venido por aquí tres astrólogos, dos de ellos blancos y un esclavo negro?

—Hace un instante estaban aquí, sentados en el banco; pero se han marchado.

—¿Dónde se han ido?

—De verdad, no me he fijado.

—Dime, por favor dónde están.

—Por Dios, no lo sé.

—Me es igual; vete a buscarlos a donde se encuentren.

—¡Es admirable! ¡Los inventaré yo! Los he visto hoy por primera vez en mi vida y sólo un momento; ya se han marchado, y, aunque los volviese a ver, no sería capaz de reconocerlos.

—¡Ah, barbas de chivo! Me lo niegas, diciendo que no han estado en tu casa hasta hoy, siendo así que vienen aquí todos los días. ¡Es tremendo el descaró de los barberos! Mira, déjate de desvergüenzas y dime adónde se han marchado.

—¿Qué es eso? ¿Que no hables con calma, jefe? ¡Paciencia! ¿Es que los voy a traer yo por la fuerza? Nada de hablar en balde, sin ton ni son. ¡Anda vete con Dios!

—¡Me gusta, rufián! —contestó Básım—. ¿Y si no me voy, qué me podrás tú hacer?

Y a la vez le dió un bastonazo en las espaldas. El barbero, que era hombre flojo, cayó al suelo todo lo largo que era y empezó a dar pataletas. Las gentes se acercaron y creyeron que estaba muerto. Y todos se pusieron a gritar: «¡Detenedlo, cogedlo! ¡Ha matado a un hombre!» Y por todos lados corrían alrededor de Básım.

(Continuará en el número próximo.)

Los suscritores a PINOCHO tienen muchísimas ventajas y regalos, además del cariño especial de

PINOCHO



# LA VENGANZA DE LOS GATOS

## CAPÍTULO PRIMERO

### EL REY Y SU MINISTRO

Aunque en muchos tratados de Geografía no lo dice, habéis de saber que la capital de Gatolandia se llama en la actualidad Michingrado. Antes se llamaba Maulencia; pero desde que saltó al trono el gracioso soberano Michino XV, fué cambiado en su honor el nombre de la magnífica ciudad.

Y es que desde los primeros momentos el joven monarca se captó las simpatías de sus gatunos vasallos. Bien es verdad que su gallarda presencia predisponía en su favor: blanco y rubio; en su finísima pelleja se combinaban artísticamente ambos colores; sus ojos verdes fulgían en la oscuridad como redondas esmeraldas; sus largos bigotes, sin necesidad de recurrir al uso de bigoterías nocturnas, tenía toda la marcialidad de un oficial prusiano, y su espléndida cola (más poblada que muchas capitales de provincia) se agitaba al andar con majestuosas ondulaciones.

Sus cualidades morales estaban a la altura de sus prendas físicas. Se ocupaba y preocupaba de los asuntos del reino, organizaba grandes cacerías; pero no por afán de divertirse, sino para limpiar el país de ratas, ratones y otras fieras alimañas.

En cuanto a la administración de justicia, era un rey justo... (justo y cabal). No solamente escuchaba las quejas de todos sus súbditos, sino que hasta las *radioescuchaba*, para lo cual se instaló en el tejado de su regia morada una poderosa antena.

Llegó Michino XV a la mayor edad y cierto día le dijo el ilustre Maulón, su primer ministro (un gato viejo y marrullero que cojeaba un poco a consecuencia de un escobazo que le sacudió una robusta cocinera al sorprenderle tratando de pescar unas sardinas):

—Señor, es preciso que te cases.

—Muy bien; ya lo había pensado antes que tú.

—Como descendes de la augusta dinastía de los Morromongos, no puedes casarte con cualquier gatita cursi.

—Claro está.

—Y hemos acordado desposarte con una princesita de la muy egregia Casa de los Morromingos...

—¡Miau!

—¿Cómo?

—Que *pa'l gato*, como dicen en los Madriles.

—No te entiendo, señor.

—Pues yo te lo explicaré: no quiero nada con las princesas Morromingas.

—¿Por qué?

—Porque son más feas que un perro paçhón... Y, además, porque te participo que tengo relaciones muy formales con una gatita preciosa, más blanca que la nieve, más esbelta que un junco, más ligera que el céfiro y más graciosa que... tú.

—Pero esa preciosidad, ¿pertenece a alguna familia noble?

—Su madre vive en una portería.

—¡Qué horror! ¡Casarse un Morromongo con la hija de una portera...! ¡Esa boda es imposible!

—¿Quién se opone?

—La razón de Estado.

—Esa no es una razón... Yo soy el rey y en mi querer nadie manda. Me casaré con mi amada Micilda pese a quien pese, y tú mismo serás quien pida para mí su blanca pata.

Pronunció el joven soberano estas palabras con acento tan enérgico, de tal manera fulguraron las esmeraldas de sus ojos, que el astuto Maulón no se atrevió a contradecirle. Agachó las orejas, metió el rabo entre las piernas y salió de la estancia haciendo ¡¡ful!

## CAPÍTULO II

### LA PETICIÓN DE MANO

Realmente, la pasión de Michino XV por la bella Micilda estaba justificada; era una gatita blanca monísima, de ojos azules, labios sonrosados y modales distinguidos. De ella decía un poeta popular y algo flamenco:

Se merecía esa gata  
tener un trono de oro  
y una sillita de plata.

Con tales atractivos no es extraño que los galanes de su vecindad rondasen su vivienda y la obsequiasen por las noches con poéticas serenatas del siguiente *tenor*... (tenor o barítono):

Asómate a la ventana,  
miau, miau,  
morronga del alma mía,  
porque me gusta tu cara,  
miau, miau,  
mucho más que la cordilla.

Esta fué la inspiradísima copla que, mayada por una voz más dulce y pastosa que la jalea, produjo cierta noche una profunda impresión en el corazoncito de la tierna Micilda.

Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 pesetas), o un trimestre (5 pesetas).





¿Sabéis quién era aquel *divo* de cuatro patas, capaz de darle un disgusto al insigne Fleta?... Pues era nada menos que Su Felina Majestad Michino XV, que, ocultando su elevada jerarquía, paseaba disfrazado por los tejados de la capital.

Así empezaron sus purísimos amores con la inocente Micilda, que estaba muy lejos de sospechar que era el propio soberano de Gatolandia el que tan apasionadas frases murmuraba en su menuda oreja.

Figuraos el pasmo de la gentil doncella cuando se presentó el regio emisario Maulón y, aunque de mala gana, pidió en nombre del rey su aterciopelada patita.

—¡Pero si yo tengo novio! —murmuró angustiada la infeliz.

—No importa; ese galán que tú creías un simple pelagatos, es nuestro gracioso monarca, que, enamorado de tus bellas prendas y sin reparar en tu humilde condición, quiere sentarte a su lado en el trono.

—¡Ay de mí!... ¡Era el rey!

Y fué tan viva la emoción, que la sensible gatita cayó desmayada todo 'lo larga que era (que no era mucho). Acudieron sus padres en su auxilio, y para reanimarla le mordieron la punta del rabo, remedio infalible para volver en sí a las gatas que pierden el sentido.

Cuando recobró el conocimiento se desarrolló una conmovedora escena de familia:

—¡Yo reina consorte! —suspiró, gozosa, la agraciada.

—¡Yo suegro de un rey! —maulló su padre, acariciando la idea de que le nombrasen despensero real.

—¡Y yo suegra! —exclamó la madre, afilándose las uñas.

Pronto corrió la noticia por el barrio, y los más amigos se apresuraron a felicitarles. La madre de Micilda, radiante de satisfacción, obsequió a los más íntimos con bocadillos de cordilla y emparedados de bofes.

Todo el mundo alababa el democrático rasgo del simpático Michino XV. Y cuando éste se presentó, desbordó el entusiasmo en frenéticas aclamaciones:

—¡Vivan los novios!

—¡Vivan!

Sin embargo, algunas gatas aristocráticas y relamidas, que se habían hecho ilusiones, no podían ocultar su despecho:

—¡Qué gustos tan plebeyos tiene Su Majestad!... ¡Casarse con una triste lameplatos!...

### CAPÍTULO III

#### BODA INTERRUMPIDA

Con la mayor rapidez se llevaron a efecto los preparativos para la boda, y todo pudo arreglarse tan rápidamente porque como la novia poseía un magnífico

y natural traje blanco guarnecido de piel, no hubo que sufrir las impertinentes dilaciones de modistas y costureras, que siempre tienen la culpa de los retrasos.

Dispuso el felino monarca que, con el fausto motivo de su matrimonio, se organizaran grandes festejos populares.

En efecto, hubo iluminaciones, bailes, conciertos gatunos, fuentes públicas de arroz con leche, cucañas verticales y horizontales con premios consistentes en succulentos chorizos y sabrosas longanizas... Pero la diversión que más entusiasmaba al pueblo eran las corridas de ratones, espectáculos parecidos a nuestras corridas de toros, aunque un poco menos bárbaro; también muchos espectadores solían saltar al ruedo para lucir sus habilidades.

Llegó, por fin, el día señalado para los regios desposorios; los salones de palacio ofrecían un aspecto dusbombador: no se veía ni una telaraña.

Los cortesanos se saludaban y hacían comentarios para todos los gustos. Su Majestad Michino XV, muy majo, ostentando sobre su pecho el gran collar de Micifuz III y la placa de Zapacilda II, se paseaba algo nervioso sin dejar de mover el rabo.

—¡La novia, la novia!... ¡Ya viene la novia! —se oyó gritar a la multitud que se estrujaba a las puertas de la mansión real.

Y en medio de las más efusivas aclamaciones llegó la gentil Micilda en una carroza de conchas, acompañada por sus respetables padres. (Su mamá se había pasado la noche lavándose la cara y las patas, que de ordinario tenía algo sucias, efecto del roce con el carbón).

Emocionada y ruborosa (aunque el rubor en las gatas casi no se transparenta), subió Micilda las escaleras de palacio; dos gatillos de cría le llevaban la cola. El que iba a ser su esposo, radiante y sonriente, salió a su encuentro, y se dirigieron juntos al salón en que había de verificarse la solemne ceremonia con arreglo al ritual de ordenanza.

El ministro Maulón se había encargado de arreglar los papeles y demás requilorios.

Comenzó el acto; el silencio era imponente: solo se oía el vuelo de un moscón, al que no quitaban ojo los invitados, y al que hubieran atrapado de buena gana a no ser por respeto a la etiqueta.

De pronto resonó una voz estentórea que gritaba:

—¡Venganza, señor; venganza y guerra!

—¿Qué es eso? —exclamó el rey indignado— ¿Quién se atreve a interrumpir mi boda?

(Continuará en el número próximo.)

Sólo mis suscritores pueden tomar parte en mis Concursos, colaborar en mi Revista y tomar parte en mi sorteo de regalos.

PINOCHO





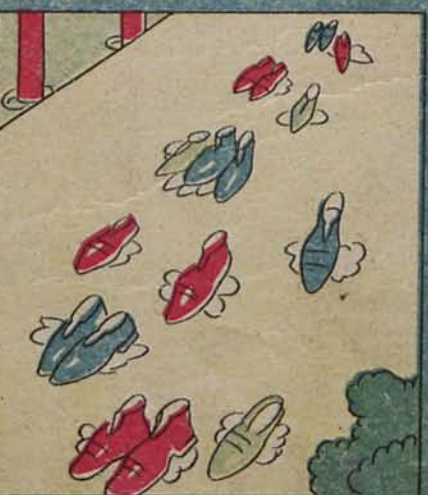
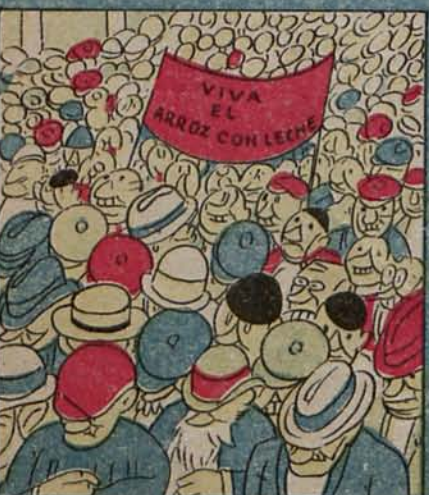
## DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO







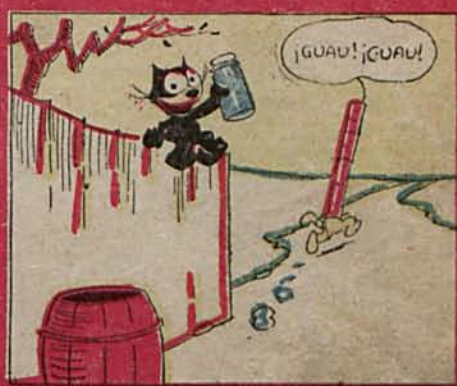
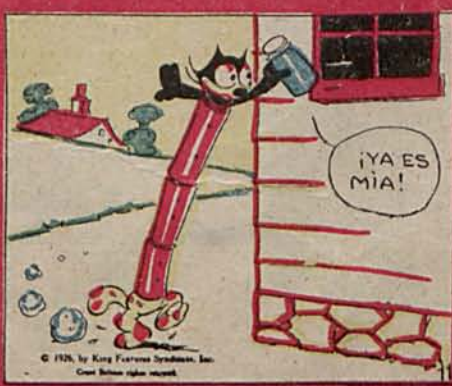
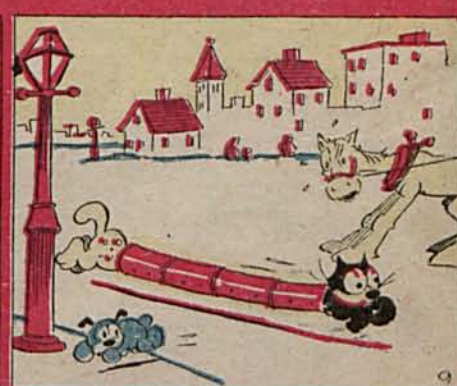
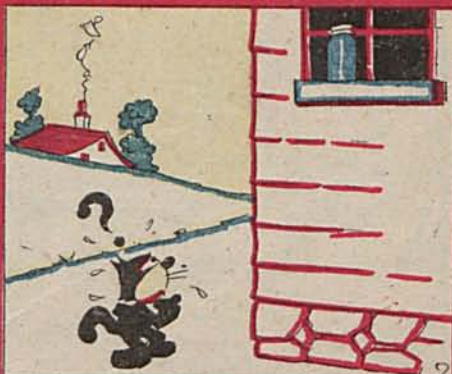
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.







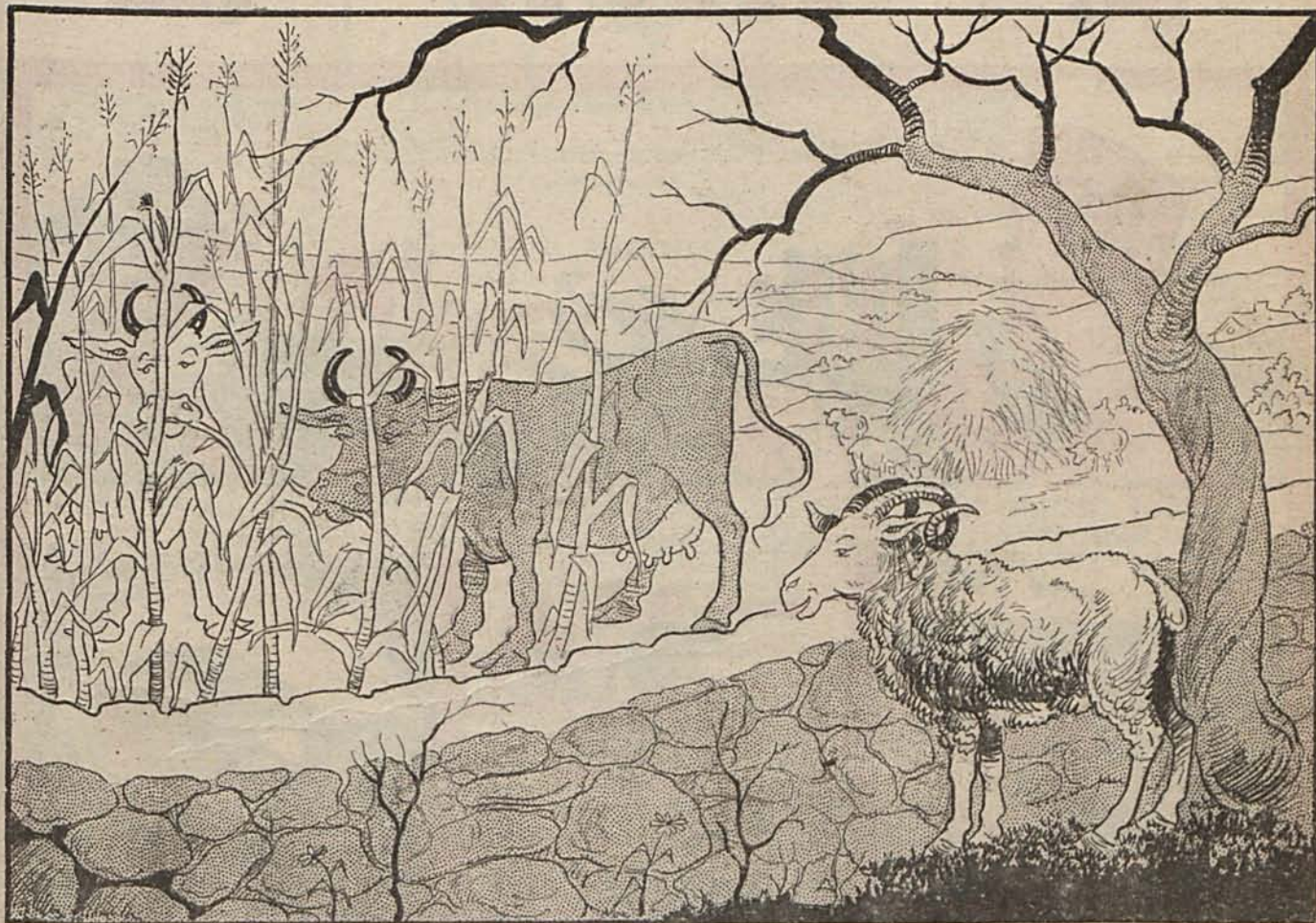
## PELAGIO CARAMILLO Y FAMILIA





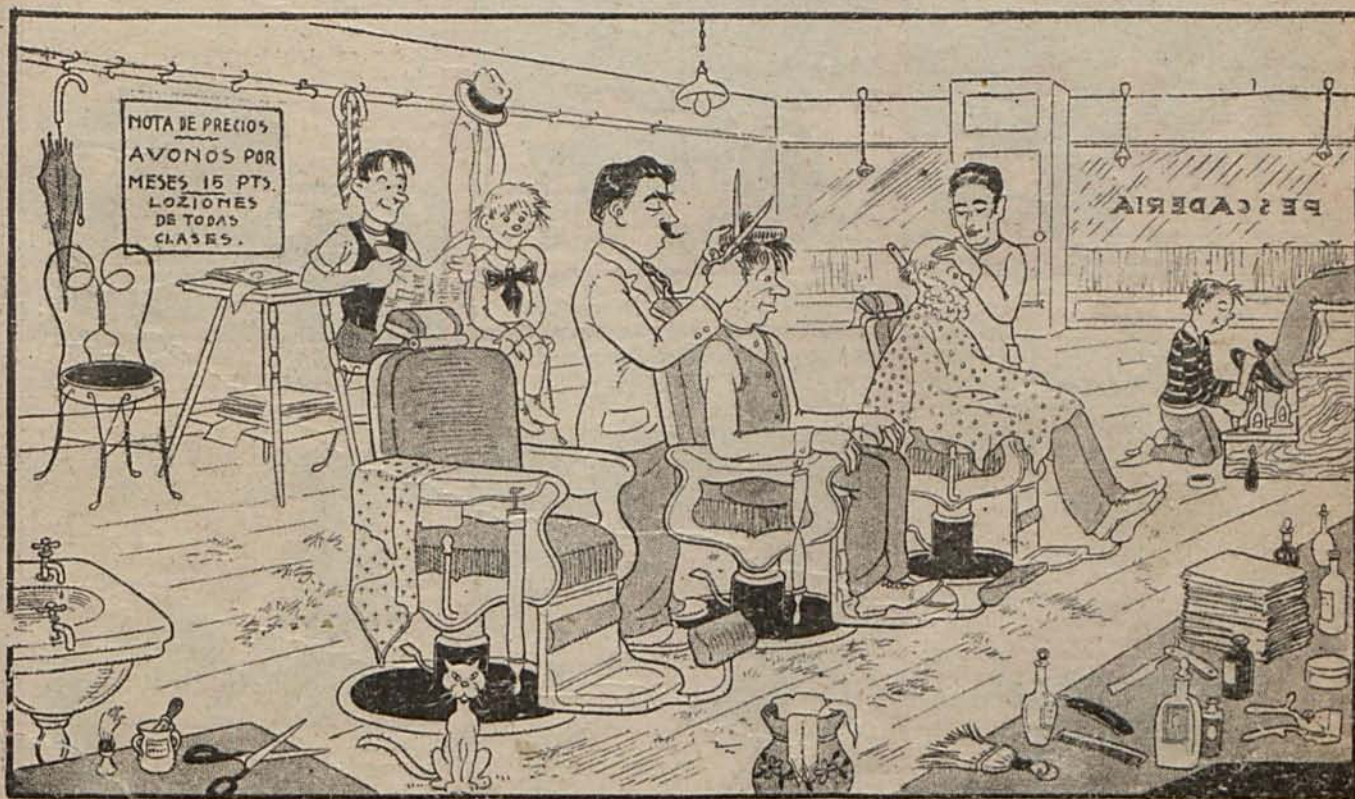
# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

EN LA ERA



Una tarde de verano salieron a jugar en el trillo Juanita y Antonio con su perro Ton. Cuando más distraídos estaban, pasaron por allí dos vacas con unos cuernos tan terribles que daba miedo verlos; tanto Antonio como Juanita y Ton se escondieron entre el paisaje, siendo incapaces de ahuyentar a las vacas, que tranquilamente se comieron el maíz. ¿Dónde se escondieron estos grandísimos miedosos?

**¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?**



Todos vosotros habréis estado alguna vez en una barbería, y habréis observado la serie de cosas que hay esparcidas por encima de las mesas y la cantidad de detalles que son necesarios para este delicado oficio. Como os creo a todos, y hasta lo añmo, chicos listos y observadores, os será fácil encontrar los 15 errores que hay en este dibujo. Uno de ellos, por ejemplo, es que el paraguas, que debía estar colgado en uno de los ganchos de la percha, está por debajo de él y, por consiguiente, en el aire, y, ¡oh milagro!, sin embargo no se cae. ¿Os parece menudo disparate? ¿Cuáles son los otros catorce?





# TRISTÁN EL PILOTO



AUNQUE TRISTÁN OBTUVO ESTA FOTOGRAFÍA PARA HACER CREER QUE EL DOCTOR PEÓN ESTUVO A PUNTO DE SER DEVORADO POR UN TIBURÓN SABEMOS QUE OCURRIÓ LO SIGUIENTE.



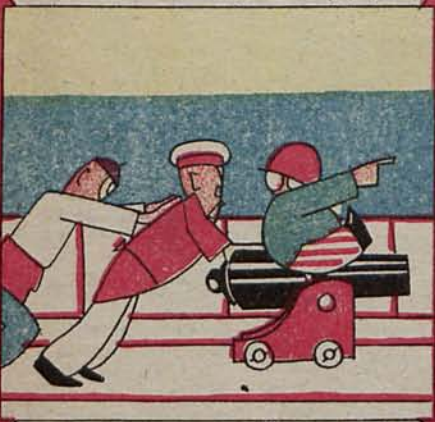
UNA MAÑANA NOTARON QUE EN EL HORIZONTE SE MOVÍA UNA COSA EXTRAÑA



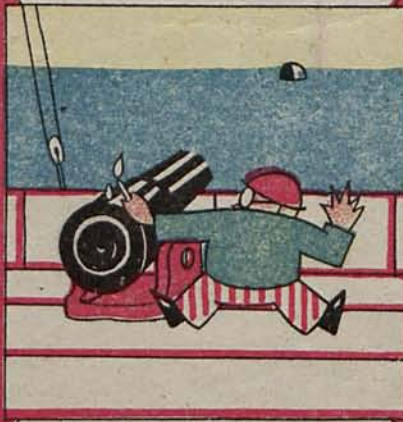
Y POR SI ERA ALGUIEN QUE QUISIERA ASUSTARLOS EN FILO PEÓN SU ANTEOJO



DESCUBRIENDO UN TIBURÓN CON LA BOCA ABIERTA EN SEÑAL DE APETITO



EN EL ACTO MOVILIZÓ TRISTÁN LA ARTILLERÍA PESADA DE A BORDO



Y PEÓN, QUE ERA UN VALIENTE SE ENCARGÓ DE HACER EL DISPARO



LA PUNTERÍA FUE TAN CERTERA QUE EL ARPÓN SE CLAVÓ EN UN OJO DE LA FIERA



LOCO DE ALEGRÍA EL DOCTOR PEÓN EMPEZÓ A BAILAR COMO UN TROMPO



ENTRE ZUCAÍN Y TRISTÁN REMOLCARON EL TIBURÓN HASTA EL BARCO

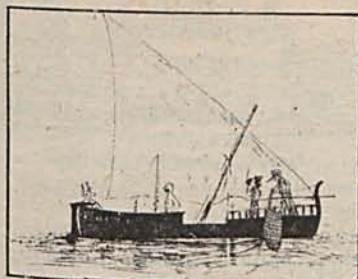


PERO ¡OH PLANCHÁ! EL TIBURÓN ERA UNA INOFENSIVA CESTA DE PLAYA



# COLABORACION PINOCHISTA

## DIBUJOS



De pesca.  
EDUARDO ESTIRADO.  
Trece años. Madrid.



Un automóvil de carrera.  
RAFAEL SANTAMARÍA.  
Cinco años.



La pensativa, la soberbia y la orgullosa.  
MARCEL EDGARDO GÓMEZ.  
Ocho años. Cartagena de Indias (Colombia).



El «Plus Ultra».  
CARLOS CASTOS.  
Diez años. Madrid.



Paisaje.  
E. E.  
Trece años.



La pesca del tiburón.  
M. L.—Siete años.



Un dromedario.  
ANTONIO MAESTRE.  
Cáceres.



Un perro.  
JULIO FERNÁNDEZ DE PÁZ.  
Once años. Madrid.



Mi bicicleta.  
FELIPE FIGUERA.  
Trece años. Bilbao.

## CUENTOS

### El joven Jamni.

Pues, señores, esto era un rey y una reina, y no tenían hijos, por más que la reina pedía al cielo que se lo concediese, hasta que un día, como era su costumbre, fué a la orilla del mar a bañarse, y cuál no sería su sorpresa al ver que en una cestita que allí había se sentía como el llorar de un niño. Apresuróse y, ¡oh!, cuál sería su asombro al encontrarse un robusto chiquillo de tres o cuatro meses. Cogiolo y pronto notó que tenía un papel en la mano atado con un hilo. Antes de leerlo mandó por el rey, y juntos se enteraron de lo que el papel decía:

—«Me tiro al mar porque no puedo resistir más la vida; pero como esta criaturita no tiene culpa de nada, el que se la encuentre y tenga buen corazón, la recogerá y la cuidará. La he bautizado con el nombre de Jamni.»

Así terminaba la carta, sin ninguna palabra más.

Creció el niño entre el general contento de la corte, hasta que cumplió diez y seis años, que se empeñó en ir a ver mundos; y por más que el padre y la madre lloraron no pudieron desistir de su empeño al joven, y, montando en su hermoso caballo blanco, se fué muy lejos de su país. Caminando día y noche sin parar, llegó a una ciudad en donde todo el mundo estaba llorando. Se acercó a uno de los ciudadanos y le preguntó:

—¿Por qué en este pueblo todo el mundo llora en este instante?

—Váyase, gentil mozo, no se vaya a contagiar de nuestra desgracia.

—¿Pero qué es lo que ocurre?

—Pues mira, buen mozo, que de la noche a la mañana se ha presentado un dragón, que se quiere casar con la princesa; se han apoderado de ella y la han encerrado en un castillo, donde nadie puede ir, pues todo está rodeado de dragones. Por lo cual todo el pueblo está de luto, y volvió a empezar a llorar.

—Yo la salvaré.

Y montando en su caballo, y llevando a la espalda su buen rifle, salió por la senda del castillo. Iba por mitad del camino cuando, de pronto, apareció un dragón, o mejor dicho, aquello parecía un monstruo; apuntó su escopeta, tiró un tiro, después otro, y otro, y revolcándose por el suelo pagó allí el dragón su pecado. Llegó a la puerta del castillo y emprendió un tiroteo atroz, y entrando en el aposento misterioso llegó a la sala de la princesa, y, ¡oh encanto!, apareció una jovencita tan rubia como el oro y más bella que una azucena. Tomola en sus brazos, y montándola en su caballo apareció en el pueblo, entre el general aplauso de todos.

Celebróse un banquete en su honor, y el rey quiso concederle la mano de su hija; pero él, aunque apesadumbrado, rehusó la oferta, diciendo que su sino era caminar hasta encontrar a su madre, que se había enterado que vivía, y contándole su historia le enseñó el papel que le encontró la reina al recogerlo.

Entonces, el rey, dando un grito de alegría, le dijo:

—Mira por donde voy a pagarte el favor que acabas de hacerme. Tu madre, noble príncipe, es la reina Micomicomos, de este país vecino, y yo lo sé porque mandó publicar un edicto, en el cual decía que el que se encontrara un niño con este papel se lo devolviera, pues era suyo, y como todavía lo anda buscando, ni que decir tiene.

Marcharon todos presurosos a dicho país y en él celebraron las bodas con el general regocijo de todos.

D. G. S.

Catorce años. Granada.

### El fotógrafo ambicioso.

Una vez vivía en una ciudad un muchacho que se hizo fotógrafo. Su fotografía quedaba en una calle apartada, y su clientela era mucha, pero no muy selecta; ganaba mucha plata; pero un día quiso que su clientela fueran los más ricos de la ciudad y cambió de local, pero nadie fué a hacerse retratar, y cuando algún antiguo cliente venía, les decía:

—No tengo tiempo.

La gente rica no iba porque decía que lo hacía mal, y el pobre fotógrafo se fué empobreciendo, hasta que quedó en la miseria, y tuvo que pedir limosna en las casas de los que él había despreciado.

Nosotros pensamos que le hubiera ido mejor de haber seguido con la fotografía primera.

ALVARO Y TOTÓ MONTOYA W.

Cinco y seis años. Bogotá (Colombia).

## HISTORIETA



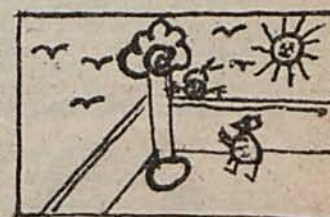
Pirula observa que viene Chapete, y llama a Pinocho.



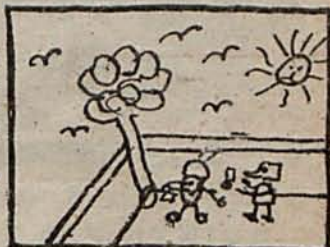
Quien a toda velocidad viene a Pirula a ayudar.



Y espera con gran bravura que se atreva con Pirula.



Chapete, siempre en su idea, obliga a Pinocho a la pelea.



Dispuestos a la pelea se citan en la azotea.



Pero, como es natural, venció el campeón mundial.

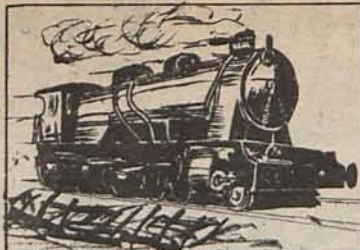
JULIAN ORDEN  
Doce años.





La presa.

JULIO LÓPEZ CARRERA.  
Catorce años. Madrid.



La máquina de un expreso.

JOSÉ MASAGUEZ HERMÁN.  
Catorce años. Madrid.



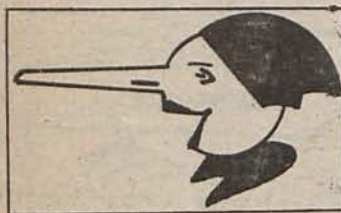
Chapete.

ADOLFO SÁNCHEZ.  
Nueve años. Madrid.



Medios de locomoción modernos.

AMALITA LLANOS.  
Oviedo.



Pinochín.

ANTONIO GARCÍA SERRANO.  
Doce años. Madrid.



Mi criada Pepa, encalando la cocina.

FEDERICO OLIVENCIA.  
Seis años. Ceuta.



El primer goal de un partido amistoso, por ELENA OLANO. Gijón.



Hotel de Don Turulato.

ENRIQUE MARTÍN.  
Trece años.



Un acorazado.

ANTONIO ROGÉS.  
Doce años. Barcelona.



Temporal.

JOSÉ CERÓN.  
Trece años.



Dos vacas, por

CARLOS ASIAIN.  
Doce años. Montevideo.



Currinche.  
ENRIQUE PRIETO  
14 años. Vigo.



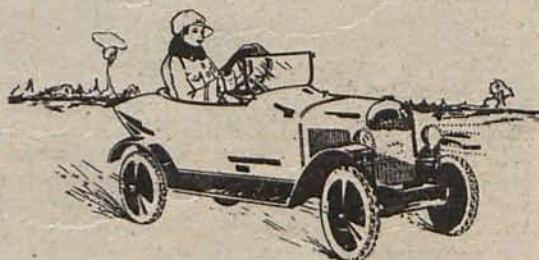
Mi «villas.

FEDERICO FERNÁNDEZ.  
Nueve años. San Sebastián.

## SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES PRIMER PREMIO

Un «auto» Citroen infantil como este.

Este preciosísimo *auto* es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este *auto*. Además tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



### SEGUNDO PREMIO



Una magnífica bicicleta de marca para niño o niña.

### TERCER PREMIO



Un estupendo baúl que contiene una preciosa muñeca con su equipo, compuesto de vestidos, sombreros, ropa blanca, gorros, objetos de tocador, etc., etc.

### CUARTO PREMIO



Un magnífico triciclo niquelado con ruedas de goma cadena de transmisión, etc., etc.

### QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.

### SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.

### SÉTIMO PREMIO

Una caja de acusela.

## DEL OCTAVO AL CINCUENTA, UN LOTE DE LIBROS

### CONDICIONES DEL SORTEO

Estos premios se sortearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción por un año, desde 1 de junio al 30 de setiembre de 1926.

El 1 de octubre de 1926 se hará el sorteo, y tan pronto como se pueda publicaremos los nombres de los suscritores que hayan resultado premiados.

Para retirar cada premio será necesario que cada suscriptor premiado diga cuál es el número de su recibo de suscripción, porque ese número es el correspondiente al premio.

Por tanto, ya sabéis que (lo mismo que en el Concurso anterior) en este Concurso no hay billetes, ni números, ni cupones.

Sólo con pagar una suscripción por un año, ya se entra en el sor-

teo, y aquéllos a quienes les toque premio verán sus nombres publicados en PINOCHO.

### NOTA IMPORTANTE

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen después del 30 de setiembre de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en noviembre de 1926 y el Pinochista la renueva en agosto de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta noviembre de 1926, y la nueva se servirá hasta noviembre de 1927.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, cómo viven los osos.

—Estoy a tu disposición.

—Me han interesado siempre aquellos animales. Por cierto que tengo de ellos una idea equivocada y absurda. Para mí, la verdad, el oso no es un animal peligroso. Me parece más bien un animal grotesco, de fácil domesticación, capaz de servir y ayudar al hombre. El oso, ya ves, se me antoja, en su género, un animal como el perro, dócil, paciente, sufrido, servicial.

—Y sin embargo, querido Chonón...

—Y sin embargo... Ya sé lo que me vas a decir. Pero mi impresión del oso no es, por otra parte, un absurdo. Cuando hemos visto semejantes animales ha sido, precisamente, en condiciones favorables para el oso. No había medio de pensar mal. Paciente, sufrido, el oso se ha mostrado ante nosotros en pie, danzando grotescamente, mostrándonos, implorante, el panderito de su amo. ¿Cómo imaginar que este pobre oso, sucio, desgachado, miserable en su aspecto, sometido al hombre, sea, sin embargo, un animal carnívoro, temible, feroz, peligrosísimo?

—Y sin embargo lo es, querido Chonón. El oso es un animal verdaderamente temible. Cierta clase de osos, la que tú has visto siempre, puede ser domesticada si tenemos la suerte de cazar sus individuos cuando aún son muy pequeños. Y así y todo, domesticados, nunca estaremos seguros, completamente seguros, frente a un oso.

—Hay osos marinos, ¿verdad?

—Hay osos llamados así, marinos, que viven en toda la zona ártica. Abundan, además, en la costa oriental de América, en las bahías de Baffin y Hudson, en Groenlandia y Labrador, en Spitzberg y Nueva Zembla. Estos osos se reúnen en manadas compuestas, en algunas ocasiones, de cien individuos.

—¿Qué espectáculo más interesante!

—Aquellos osos han aparecido más de una vez, sobre témpanos de hielo, en el norte de Islandia. Son inteligentes. Saben buscar los mejores senderos, evitando las masas de nieve en que pudieran hundirse.

—Cuando los llaman marinos, serán buenos nadadores, ¿no?

—Muy buenos nadadores, ciertamente. Nadan a razón de tres millas por hora y se alejan de la costa unas cuarenta millas, sumergiéndose con suma facilidad y destreza, para pescar. Entre tantas clases de osos como existen, el oso marino parece ser el más forzado. Puede abrir hoyos muy profundos en el hielo y puede arrastrar una pieza muy pesada muchas millas. Se acerca a las focas sigilosamente y cae sobre éstas con temible encarnizamiento. A veces, acosado por el hambre, acomete a los animales terrestres, incluso a las aves. Los golpes del oso marino no son patadas, sino dentelladas, siempre mortales. En invierno vive sobre témpanos, y las hembras, en esa época, se retiran a unas cuevas de nieve donde tienen sus hijos, dos o tres oseznos, que ya en el mes de abril alcanzan el tamaño de un perro de aguas. Esta es la época oportuna para cazar el oso y domesticarlo, pues luego, ya mayores, son irascibles, indómitos, indomesticables.

—¿Comen mucho?

—A un oso le basta con tres kilos de alimento.

—¿Se hacen muy viejos, Chonón?

—El oso marino alcanza, a veces, los veinte años.

—Me dijeron una vez que en España existían osos. ¿Es posible?

—Sí; es posible. *Ursus pyrenaycus* es el nombre científico de los osos españoles. En Galicia le llaman *urso*; en Asturias, *osa*; en Cataluña, *os*; en Huesca, *ouso*. Se encuentra desde los Pirineos Catalanes hasta la sierra de Caurel, en Lugo, y hace mucho tiempo, siglos, llegaban, por lo menos, al Guadarrama.

—¿De qué se alimentan?

—De bellotas, hayucos, frutas, maíz, insectos, miel, caza mayor, ganados...

—Ya es comer.

—En el mes de febrero mudan la piel de sus patas y andan mala-

mente. Nadan muy bien y son muy aficionados al agua. Cuesta arriba corren muchísimo, ayudados por la desproporción de sus patas.

—¿Y son temibles como los osos marinos?

—También son temibles, querido Chonón. Los ataques son verdaderos abrazos. Y el abrazo de un oso...

—¿Qué brutos!

—Es mortal de... sidad. Son capaces de arrastrar una vaca.

—¿Es posible?

—Segurísimo.

—¿Y está buena la carne del oso?

—La carne del oso es sabrosa, y el jamón de oso ahumado es una verdadera golosina.

—¿Quién lo iba a decir! ¡Con lo feos que son!

—También el cerdo es feo, y puerco, y tereo, y, sin embargo, usa unos jamones estupendos.

—Es verdad, buho. Y dime, ¿cómo se cazan los osos?

—No es frecuente la caza del oso. Y no es frecuente por dos poderosísimas razones. La primera: el oso escasea mucho, apenas si existe en Europa. Sólo vive, apartado, solitario, en regiones montañosas, cubiertas de bosques espesos... Y la segunda razón: la caza del oso es por demás peligrosa, temible.

—Sin embargo, alguna que otra vez los cazarán.

—Es cierto; alguna que otra vez.

—¿Y cómo efectúan esta caza?

—Unas veces, las más, al acecho. El cazador espera en un lugar determinado la llegada del oso, procurando derribar a éste de un balazo, apenas aparece ante el puesto.

—Hay que tener puntería.

—Mucha. Otros cazadores, más intrépidos, más valientes, se atreven a seguir las huellas del animal, yendo en derechura del lugar donde, sin duda alguna, ha de encontrarse el oso. Pero esto es por demás peligroso. Lo más corriente, en esta caza, son las batidas, auxiliadas de perros.

—¿De perros?

—Sí, querido Chonón. Claro que los perros que se destinan a esas batidas son de apreciar, principalmente, por su fuerza, mucho más que por su olfato. Se necesita para ello perros resistentes y de gran acometividad, como los utilizados en la caza del jabalí. Han de ser perros capaces de acometer al oso, incluso de sujetarlo.

—Serán perros de presa.

—Justamente; perros de presa, mastines, *blood-hounds*. Sobre todo, perros de gran talla.

—¿Y cómo se efectúa la caza?

—Los cazadores, armados con carabinas de gran precisión, se colocan en sus puestos, rodeando una gran extensión de monte, mientras un cierto número de ojeadores, acompañando a los perros, recorre el espacio rodeado, procurando armar gran alboroto para ahuyentar a los osos y hacer pasar a éstos por el lado de algún puesto. Los ojeadores suelen llevar escopetas, no sólo para aumentar el alboroto, diparando, sino también, y principalmente, para defenderse en caso de peligro. El oso, en la mayoría de los casos, huye del hombre, pero si se ve acorralado, es otra cosa. Por eso los cazadores procuran dispararle cuando el animal huye, ya que es difícil que un oso se vuelva al sentirse herido. Las hembras, cuando van acompañadas de sus pequeñuelos, son verdaderamente temibles.

—Pues no me entusiasma esa caza, la verdad.

—No es para entusiasmar a nadie, Chonón.

—Pero que no me entusiasme no quiere decir que el oso no me sea simpático. Todo lo contrario.

—Bueno, hombre.

Los regalos repartidos por Pinocho desde la aparición de su revista suponen varios miles de duros. Ahora todos los regalos son sólo para sus suscritores.

## PRIMER GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES PINOCHISTAS PREMIADOS



Antonio Godoy.  
Vivero.—Premio 15.  
Lote de libros.



Cayo Pombo Caller.  
Santander.—Premio 6.  
Un magnífico triciclo  
niquelado.



Francisco de Cubas.  
Madrid.—Premio 5.  
Una estupenda casa  
de muñecas.



Emilio Díaz Moren.  
Madrid.—Premio 8.  
Una preciosa muñeca  
grande.



Lourdes Belber.  
Barcelona.—Premio 11.  
Un lote de libros.



Carlitos R. Cabello.  
Santander.—Premio 40.  
Un lote de libros.



# Pinochistas premiados en el Sorteo mensual de Regalos a los suscritores

Premios.	Mayo.	Junio.	Julio.
Primero. 25 ptas. en dinero.	D. Francisco Murillo.—Barcelona.	Srta. Concha de Grandes.—Si-güenza.	D. J. Luis Pacheco.—Briviesca.
Segundo. 15 ptas. en libros.	Srta. Mercedes Rey. — Habana (Cuba).	D. Jaime y Pilar Milans del Bosch. Málaga.	» Francisco Ibáñez y Pico.—Ma-drid.
Tercero. 10 ptas en libros..	» Rosa Oñate Prendergast. — Sarriá.	» Alfonso Ponte.—Madrid.	Srta. Pilar Aleu.—Madrid.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	D. Recaredo y María Garay.—Ma-drid.	Srta. Irene de Quesada.—Valencia.	D. Gerardo Larrea.—Llodio.
Quinto. 3 ptas. en libros...	» Francisco Gil de Sola.—Barce-lona.	D. Mariano Guitián.—Madrid.	» José Igualada.—Málaga.

## PRIMER GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES PINOCHISTAS PREMIADOS



GONZALO MORENO  
Daimiel.—Premio 41. Un lote de libros.



GUILLERMO ROLLAND  
Madrid.—Premio 32. Un lote de libros.



PURITA y FERMÍN NANCLORES  
Palencia.—Premio 39. Un lote de libros.



RAFAEL A. NOVOA  
Vigo.—Premio 14. Un lote de libros.



JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ  
Villaescusa de Haro (Cuenca). Premio 34. Un lote de libros.

## LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

### REGALOS GENERALES

- 1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
  - 2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
  - 3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
  - 4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.
  - 5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.
- Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

### REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores **por un año**; otros, para

los suscritores **por un semestre**; otros, para los suscritores **por un trimestre**. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten **en el momento de hacer su suscripción**. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

#### Si la suscripción es por un trimestre

- 1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100**.
- 2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

#### Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

#### Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

## BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D. ....

calle de .....

núm. ....

Pueblo .....

Provincia .....

se suscribe a

PINOCHO por <sup>(1)</sup>  $\left\{ \begin{array}{l} \text{UN AÑO.....} \\ \text{UN SEMESTRE...} \\ \text{UN TRIMESTRE..} \end{array} \right\}$  cuyo importe de  $\left\{ \begin{array}{l} \text{veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2).} \\ \text{diez pesetas (ó 12 pesetas) .....} \\ \text{cinco pesetas (ó 6 pesetas) .....} \end{array} \right\}$  remite a la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28 <sup>(3)</sup>, en <sup>(4)</sup> ..... También remite 1,50 pesetas <sup>(5)</sup> para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite ..... pesetas.

(Fecha y firma.)

- (1) Bórrase lo que no convenga.
- (2) Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.
- (3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración **directamente**, o sea sin intermediarios.
- (4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.
- (5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

### SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de Abril de 1926 admitimos **suscripciones a PINOCHO, certificadas**; es decir, que remitiremos **cada número semanal certificado**, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción certificada es:

Año.....	23 pesetas.
Semestre.....	12 —
Trimestre.....	6 —

### IMPORTANTE

Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal **impuestos** por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

Para evitar esto, Pincho os ruega que tengáis presentes estas indicaciones:

- 1.º Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.
- 2.º Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el número de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.
- 3.º Con las cartas que necesitan respuesta se deben enviar 50 céntimos en sellos.



ESTA VEZ ME HE ESCAPADO  
SIN QUE NADIE ME VEA



## Viriato Ortiz Fresco y Barbudo

ESTA NOCHE NO ME QUEDO YO  
SIN IR A LA VERBENA, PERO NO  
QUIERO QUE ME VEA MI SOBRINO  
SI NO TAMBIÉN QUERRA VENIR



YO CREO QUE MI TIO ESTARÁ DUR-  
MIENDO. ESTA ES LA OCASIÓN DE  
IRSE A LA VERBENA ¡CON LO  
QUE ME GUSTA A MI LA  
VERBENA!



¡CARAY, SOBRINITO!  
¿VÁS DE PASEO?

NO... ES QUE IBA  
... A CASA.....



(ESTE SOBRINITO  
ME HA ESTROPEADO  
LA NOCHE. ¡YO QUE  
ME VEIA YA EN EL  
CIRCO DE LA VER-  
BENA!)

(ESTE TIO ME HA-  
CE VOLVER A CASA.  
¡ADIOS LOS CHU-  
RROS CALENTI-  
TOS!)



(¡CON LAS GANAS QUE  
TENIA YO DE MONTAR  
EN LOS CABALITOS!)

(¡LA ILUSIÓN QUE  
YO LLEVABA POR COLUM-  
PIARME EN LAS BAR-  
CAS!)



¡ESTAS SON HQ-  
RAS DE QUE ESTE-  
MOS EN CASITA, QUE-  
RIDO SOBRINO!

¡YA LO SE YA, QUE-  
RIDO TIO! ¡POR ESO  
ME IBA YA A CASA!



BUENO, MIRA, VOY A ENCENDER  
EL CIGARRITO. SIGUE AN-  
DANDO QUE EN SEGUNDA  
TE ALCANZO.



¡MENUDO ESQUI-  
NAZO TE VOY A  
DAR!

¡LA OCASIÓN LA  
PINTAN CALVA!



DARÉ LA VUELTA A LA MAN-  
ZANA PARA DESPISTARLO.



HUYENDO POR AQUÍ  
LO DESORIENTARE.



¡SE LA HE DADO  
CON QUESO!

¡DEBE DE ANDAR  
LOCO BUSCANDO  
ME!







# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, MODISTA

*Un delantal  
plisado.* — No  
siempre las cosas

han de servir para lo que pudiera suponerse a primera vista; así, no todos los abanicos sirven para dar aire, ni todos los pañuelos para sonarse, ni todas las sombrillas para quitar el sol..., ni todos los delantales de las niñas para proteger sus respectivos vestidos.

Ejemplo: los abanicos de plumas, los pañuelitos microscópicos, las sombrillas de encaje... y este delantal que hoy os presento.

A veces, lo práctico se ha de sacrificar a lo bonito, y ¿verdad que es muy mono este delantal?

Puede hacerse, para mucho lujo, en crespón de China; más sencillo, casi tan lindo y, a mi entender, más infantil resulta en vuela de algodón blanca con cintas de moaré, de falla o de tafetán, azul marino. Esta es la combinación de colores que creo que le va mejor a este estilo; pero puede, como siempre, variarse hasta el infinito: rosa o naranjas con cintas negras; amarillo limón con cintas azules; malva pálido con cintas violetas, etc., etc.

La cinta que bordea la orilla inferior ha de pegarse, naturalmente, antes de hacerse el plisado; si la pegáis una vainica a mano —sacando dos o tres hilos de la tela y dejando cuatro hilos en cada manojito— el trabajo será insignificante y divertido, y el efecto delicadísimo.

Para mayor facilidad de reproducción, os presento,



separadamente, el osito del patín que figura en el medallón; podéis sustituirlo a voluntad por cualquiera de los dibujos de flores o bichos que os he presentado ya en otras ocasiones en esta misma sección y que se prestan para ser reproducidos con telas recortadas o bordados al pasado o punto de cruz.

*Mojicón «Don Turulato».*—Hace pocos días, Currinche le gastó a Don Turulato una broma tan pesada que



se tenía merecidísima una azotaina de primera; pero el buenazo de Don Turulato, los únicos mojicones que sabe dar son de esos de chuparse los dedos; y si no, ved la receta del que le regaló a Currinche aquel día para postre:

Se trabajan tres yemas de huevo con 125 gramos de azúcar, y se añaden tres cucharadas de fécula de patata y una de polvos de levadura. Se baten aparte las tres claras a punto de nieve; luego se mezcla todo y se mete en el horno, en un molde previamente untado de mantequilla. Después de media hora o tres cuartos de hora se saca el bizcocho, y, si se quiere, para que sepa aún mejor, se le parte por la mitad en sentido horizontal, se extiende una capa de crema o de dulce y se vuelve a colocar en su sitio la mitad de encima.

Os aseguro que este bizcocho bien merecido se tiene el nombre del retesimpático de Don Turulato.